

IV. RESEÑAS

ALEJANDRA DEL RÍO
ESCRITO EN BRAILLE
Santiago, Chile

Con su segundo libro, Alejandra del Río (Santiago, 1972) nos introduce en un mundo marcado no por la palabra, sino por la oscuridad y la sombra, por la luz y los relámpagos de un mundo escrito, de principio a fin, en otro idioma. No quisiera, con esto, hacer un mero juego de palabras con el título del conjunto, sino más bien con la esencia y con el ser de este libro: tal como dice el desventurado conde Gloucester, uno de los protagonistas de la tragedia de *El rey Lear*, “(...) Aunque fueran soles todas las letras, yo no podría verlas”.

Y entramos, aquí, en materia. Si la crítica literaria no es más que un inmenso amor por la literatura y un afán de difusión y valoración de ésta, tendríamos que partir diciendo que la autora, ente que se diluye y se dibuja entre los versos de este libro, no se acomoda fácilmente a lo que podría entenderse como una mera lectura de género, lo que algunas críticas llaman simplemente una escritura del cuerpo. Pero, ¿de qué cuerpo?; ¿se acaba, con esto, la gama de sentidos de este libro? Que me perdonen las ardientes feministas que puedan ofenderse con estas palabras, pero me parece que el libro de Alejandra del Río sobrepasa con creces lo que hasta ahora se entiende como literatura de género. Sus poemas, más bien, tienden a expresar una belleza que se consolida no sólo con la concreción de un hablante lírico o un sujeto (escindido y ciego, en este caso) que narra sus mundos en un des-velamiento de su verdad, sino ante todo con la escritura de un tropo, una inversión de los adjetivos y los complementos, una mutación de las palabras para que una y otra se friccione entre sí, creando de este modo un mundo nuevo a partir de una nueva palabra. No es casual entonces, el epígrafe con que se abre el libro: “*Una en mí maté/ ya no la amaba*”, palabras de Gabriela Mistral, que tampoco por casualidad pertenecen a su libro *Lagar*, sobre el cual ya volveremos. Ni tampoco son gratuitas las dedicatorias que abren el volumen; son, por el contrario, indicadores de lectura, verdaderas señales de ruta para el lector que pretenda llegar hasta alguno de los trasfondos que se esconden en las superficies de este libro. La referencia al parto y a la muerte, a la textura del nacimiento de la muerte (física y simbólica), son las matrices que nutren de sentido a buena parte de los poemas de *Escrito en Braille*. La muerte, que viene a ser la puerta de entrada para la lectura de estos escritos, es en realidad la creación, el nacimiento de una nueva lengua: lo corroboran los títulos de algunas de las secciones en que se parcela

el texto: “No hay lengua verdadera que tenga el centro intacto”, “Comencé a leer cuando dejé de ver”, “Un traje que te lleve dentro”.

El hablante, entonces, que se asoma por estos poemas, estaría en las mismas condiciones que establece el mexicano Alfonso Reyes cuando señala que “(...)El ‘yo’ es muchas veces un mero recurso retórico”, según señala en *La biografía oculta*, título paradójico en este caso de uno de los capítulos de su libro fundamental, *La experiencia literaria* (1941). Paradójico en tanto este *Escrito en Braille* es, según opinión de la misma autora, “(...) la contradicción misma entre forma y contenido, esta es la jugarreta de la persona, este es el ocultamiento del sujeto...”; este libro dista con mucho de poder asimilarse a la desnudez del lenguaje que tanto elogiara Foucault, a los silencios que se producen en la ausencia de toda subjetividad. Por el contrario: este poemario se vuelve y se revuelve entre los recovecos del idioma, entre los preciosismos del lenguaje (“el puro placer que provoca usar la labia”, en palabras de Alejandra del Río), para extraerle a los sintagmas, a cada uno de los versos de este libro, los rasgos más significativos de ese yo oblicuo que termina por dibujarse como telón de fondo de la herida por donde manan las palabras de este escrito.

Señalaba algunos párrafos atrás la relación de este libro con el lagar mistraliano, en especial con el texto homónimo de 1954. Las geografías reales e imaginarias abren y cierran esta relación: en su poema “*Patrias*”, Mistral escribe:

“Hay dos puntos cardinales:
Son Montegrande y el Mayab (...)
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar”.

Alejandra del Río responde:

“Dónde quedó la memoria y su traje de cenizas
y del naufrago desnudo en ese mar sin una sola orilla (...)
Y levanta tu país como una torre en el exacto lugar del llanto”.

Quisiera, al trazar estas correspondencias, desafiar los más preciados conceptos de ciertas teóricas del género, como por ejemplo cuando Marta Lamas señala que “el género no sólo marca los sexos sino marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano”, apuntando hacia un reduccionismo evidente que estrecha la mirada a límites inimaginables. De ser así, *Escrito en Braille* debiéramos considerarlo única y exclusivamente como un pronunciamiento que pretende dar cuenta sólo de una experiencia femenina, sólo de un mundo proveniente del mujerío como único sustento de

su escribir a costa de la muerte y la oscuridad que lo rodea, a costa del olvido que sobreviene con la noche y deja en el desamparo del silencio a la ceguera histórica, el sustrato verídico de los desaparecidos que pueblan nuestra tierra y su tragedia. Quiérase o no, los poemas de Alejandra rebasan estas limitantes teóricas para colgarse de las filiaciones –el hilo para coser– que heredan madres e hijos, muerte y nacimiento, como símbolo y sentido de todo este conjunto. O como dice la propia autora: “*No era el abismo caer de la piel hacia adentro/ (...) Si el caído es un hambriento que no tolera renunciar a su caída*”.

Es más: al interior del universo de la poesía femenina chilena, la autora de este libro se aleja de otras poetas jóvenes que practican cierto vanguardismo trasnochado que se arroga un discurso marginal tan artificial como antojadizo (léase Nadia Prado o Isabel Larraín) y también de ese coloquialismo simplista de generaciones precedentes que no logra desprenderse de la impronta parriana, como es el caso de Teresa Calderón o Carmen Gloria Berríos.

Del Río, sin seguir necesariamente el mismo tono de la pluma, está más cerca de los vuelos creativos de gente como la imprescindible Elvira Hernández o el habla despojada y en permanente devenir de Verónica Zondek.

Lamentablemente, no es posible agotar aquí, en este breve espacio, la suma de referencias a las que nos mueve este nuevo idioma del cual se sirve Alejandra del Río para darnos a conocer su poesía. Será tarea del lector, entonces, involucrarse y desenvolverse en ese riguroso entramado que se va tejiendo a tientas en el transcurso gozoso de este *Escrito en Braille*.

CRISTIÁN GÓMEZ O.
Departamento de Literatura
Universidad de Chile